

Santiago, 10 de Julio de 1973.

Señor
 Patricio Aylwin A.
 Presidente Nacional del
 Partido Demócrata-Cristiano
Presente.

Estimado señor:

Entendemos que, en una forma u otra, lo que está sucediendo en nuestro país a todos nos inquieta. Cada cual -posiblemente- y con los antecedentes con los que cree contar analiza las diversas situaciones y va formulando opiniones y juicios.

No cabe duda que el problema de las comunicaciones entre cualquier grupo dirigente y sus respectivas bases va siendo una dificultad cada vez mayor. La complejidad de las situaciones y la rapidez de los acontecimientos no permiten con frecuencia que los dirigentes puedan llevar oportunamente la tranquilidad a quienes quisieran seguirlos. Por otra parte, ciertamente en muchas ocasiones ni siquiera será conveniente entregar alguna información que se posee y ello por razones que son obvias.

Todo esto, que parece razonable y ampliamente justificable, no calma, por desgracia, la inquietud de muchos, inquietud que, en este caso, no proviene de la gravedad de los acontecimientos mismos, sino de la duda que surge en relación a la postura que adoptará el propio grupo político ante esos acontecimientos.

La verdad es que cada vez se tiene una más clara sensación que no es posible ya confiar en nada ni en nadie. El hombre de la calle, que quisiera trabajar pero no logra hacerlo por el clima reinante, está viviendo horas atroces de verdadera angustia; el anciano, vive el pavor de las noches y de los riesgos; la mujer, la tremenda inquietud de sus hijos; y la juventud, un mundo cada vez con menos esperanzas en que los horizontes de un futuro se van cerrando sobre ella hasta hacerle perder las razones para vivir.

Este conjunto de personas, que somos los chilenos, somos parte de una sociedad que está claramente enferma.

No hay valor alguno que sea respetado por quienes tienen cargos de autoridad dentro del Poder Ejecutivo.

La descomposición económica que vive el país ya no tiene significación ante la crisis moral que estamos sufriendo.

Con el mayor respeto se lo decimos, pues sabemos los sacrificios personales enormes que le imponen sus actuales responsabilidades: existe la clara sensación que el P.D.C. se encuentra absolutamente dirigido por parlamentarios que, en alguna forma, no viven la tragedia cotidiana del chileno medio. Absolutamente desbordados por un intenso trabajo y gravísimas responsabilidades quizá no puedan escuchar esa conversación simple de todos los días que se lleva a efecto en los lugares de trabajo o en los mismos hogares. Allí, sin información suficiente -especial caldo de cultivo para la duda-, surge la inquietud, se plantean las interrogantes y cunde la desesperación.

En días pasados, cuando no se hacía claro que las directivas de la D.C. rechazarían la proposición de Estado de Sitio, hecha por el Ejecutivo, había bases completas que se planteaban la renuncia masiva a su partido para el caso que ella fuera aprobada.

El hecho denota esa desesperación a que nos estamos refiriendo, esa dificultad para hacer confianza en otros a que aludía y, quizá, una reacción tardía de quienes eran responsables de llevar tranquilidad a la opinión pública partidaria. Decimos "quizá" porque comprendemos que, en medio de la situación producida, no podía procederse sino con suma cuatela, pero señalo el problema que se está viviendo.

Personalmente creemos que la D.C. es una alternativa real, aunque haya diversos factores que nos plantean algunas dudas que no es el caso ahora señalar. Por lo mismo, tememos a veces que, en un determinado momento, se produzca un desbande de las bases que luego serían muy difíciles de recuperar.

Si esto llegara a suceder, podría seguirse afirmando que los planteamientos doctrinales y técnicos de la D.C. siguen siendo válidos, pero, en tal caso, ya no serían políticamente viables. Nos parece que ésta es una responsabilidad de primera magnitud que debe tenerse en cuenta por parte de los dirigentes.

Hay quienes afirman que en Chile la democracia es más fuerte que cualquier acontecimiento o propósito que pretendiera dañarla. Se basan, para hacer tal afirmación, en el pasado y en lo que ha sucedido en otras circunstancias. Personalmente estimamos en mucho la enseñanza de la historia y el vá

lor de la experiencia sobre todo de la experiencia política para el caso que me ocupa. Sin embargo, creemos que nunca es posible vaticinar el futuro en función del pasado. Aceptar una proposición de este orden significaría hacer valer el determinismo o el naturalismo y renegar de planteamientos básicos en el humanismo cristiano. Hay momentos en que el pasado, con todo su peso y su valor, puede ser superado por los hechos. Es esto, a nuestro modesto entender, lo que está sucediendo en el presente.

Cuando así sucede, vale la pena volver a plantearse el problema de los principios y de la doctrina. Tiende a suceder, a este respecto, que cuando se ha vivido un largo tiempo de relativa tranquilidad en que no ha sido necesario recurrir a ellos en forma orgánica, se produce su esclerotización. Circunstancias como las que hoy sufrimos, deben ser acicate para procurar un cuestionamiento de dichos principios, no con el objeto de cambiarlos, sino de buscar en ellos una respuesta nueva para la novedad de la circunstancia que nos afecta.

A este propósito, nos atrevemos a hacerle presente que mi impresión al escuchar a muchos dirigentes o al leer declaraciones públicas de los mismos, es que este esfuerzo no se ha hecho.

Nuevamente quizá ello pueda explicarse por la rápida sucesión de acontecimientos y por las mil responsabilidades que traen consigo. Sin embargo, lamentablemente, por muchos se tiene la impresión que no se ha recurrido seriamente a los principios y que ellos han sido invocados en forma maquinal. Esto último quiere significar también (y lo decimos sin pensar en mala fe de nadie, ni tampoco en irresponsabilidad, pues, en cierta medida, alcanzamos a explicarnos lo que sucede) que se recurre a la doctrina de manera "política" y no a la inversa dejando que los principios cuestione realmente, en algún momento, el quehacer político.

Por ejemplo, se habla de la defensa de la institucionalidad democrática y del rechazo de cualquier intento de subvertir el orden constitucional "venga de donde viniere".

Sobre este ejemplo quisiéramos extendernos por la importancia que la materia tiene en el presente:

1. Nos parece que la afirmación es válida desde el punto de vista doctrinal.

2. Nos parece, también, que ella involucra otra afirmación, la que sería que actualmente se estaría respetando la institucionalidad democrática por parte del Ejecutivo, lo que podría expresarse también diciendo que en la actualidad seguimos viviendo por lo menos en cierto orden democrático.

Un sistema democrático no liberal está directamente vinculado al bien común y a los sagrados derechos de la persona. Un orden democrático, por otra parte, en su sentido más tradicional, involucra la separación de poderes, a los que, en su esfera de competencia, se les atribuye igual rango e idéntica respetabilidad.

¿Quién podría afirmar que actualmente se busca el bien común de la sociedad? La pauperización creciente, que proviene del desastre económico y que inevitablemente terminará por dañar a los más modestos, mientras sabemos que hay quienes aprovechan de la inflación para enriquecerse en forma absolutamente ilícita, nos hace pensar que el bien común no sólo no se busca sino se van produciendo efectos que atentan gravemente contra él. El clima social que estamos sufriendo, por otra parte, que introduce la angustia en el seno mismo de la sociedad, que descalabra cualquier posibilidad de moral pública y de solidaridad, que quebranta en su esencia los valores fundamentales en que creemos, nos hace afirmar que la crisis espiritual a que hemos sido arrastrados es la antípoda misma del bien común.

¿Qué decir del respeto por la persona? Cualquier información que se tenga a este respecto, por limitada que ella sea, indica que la persona humana ha dejado de ser respetable en sí misma y en sus bienes, en su salud física y psíquica. Se detiene a las personas y se las persigue, se invade su propiedad, se amenaza, se extorsiona, se difama. El extremo es tal que ya no se sabe si queda algún delito moral que no se haya cometido.

A este propósito, parece importante señalar que esta falta de respeto por la persona humana se produce ya entre tirios y troyanos, entre partidarios de la U.P. y opositores y que, en relación con el bien común -al menos en las sociedades intermedias- pareciera que para unos y otros fuera pasando vertiginosamente a un segundo plano, lo que no es sino una nueva expresión de la misma descomposición a que me estoy refiriendo.

Es cierto, sin embargo, que no estamos en el stalinismo, pero es cierto, también, que, desde el punto de vista de los principios, no es necesario llegar tan lejos para cuestionar el estado de aquello que seguimos llamando nuestra democracia.

¿Qué decir del respeto y reconocimiento de los otros poderes del Estado y del cumplimiento de la Constitución

y de la ley por parte del poder Ejecutivo? El permanente insulto a los parlamentarios de oposición, la palabra autorizada de los Presidentes de ambas ramas del Congreso, la permanencia de Ministros en el cargo una vez que han sido suspendidos o destituidos por el Parlamento, la reciente reacción de la Corte Suprema en Pleno, las acusaciones lanzadas contra las personas de los Ministros, el permanente desconocimiento de las funciones del Contralor General de la República ¿no son, acaso, hechos suficientes para comprobar que la democracia no se respeta ni siquiera en aquello de más tradicional que tiene?

Por otra parte, la misma D.C. entra a acusar a Ministros e Intendentes y a señalar, en esta forma, a la opinión pública que la violación a la Constitución y a la ley son hechos objetivos y no meras fabulaciones. Esto mismo y conviene recordarlo- era lo que señalaba la Corte Suprema al decir textualmente: "la administración ha resistido la orden (del Poder Judicial), infringiendo con ello abiertamente la Constitución y las leyes".

Por todo lo anterior parece suficientemente claro que tanto el concepto tradicional de democracia, como aquél otro que se fundamenta en el humanismo cristiano ha sido absolutamente sobrepasado por el actual Gobierno.

Podría abundarse mucho más en ejemplos y en disquisiones acerca de cada una de las materias abordadas. Creemos suficiente lo ya dicho en la certeza que Ud., con la información que posee, podrá, mucho mejor que nosotros, encontrar los argumentos de hecho para probar ampliamente lo que sostenemos.

Posiblemente podría sostenerse que todo lo que la D.C. hace es para evitar la guerra civil. Pues bien ¿quién podría desearla?

A este propósito, sólo nos cabe anotar las siguientes reflexiones:

1. Que estamos en guerra fría civil.
2. Que la muerte moral y psicológica de las personas puede ser más grave que la muerte física.
3. Que el clima creciente de odios que sufre el país atenta gravemente contra la vida moral de las personas.

4. Que ya hemos señalado también el clima general de descomposición a que se nos somete.

5. Que, en este terreno, vale tanto una persona como mil y que, aunque en el plano de la decisión prudente haya que elegir alguna vez a las mil sobre la una, conviene tener presente el principio, sobre todo cuando no es solamente una la que está sufriendo las consecuencias del regimen imperante.

A veces se tiene la impresión que mientras la D.C. sigue invariablemente su defensa de lo que apenas llamaría una institucionalidad formal, las bases mismas de la democracia se van corroyendo en forma gravísima. Esto mismo podría afirmarse diciendo que mientras se defiende una institucionalidad formal (ya también violada) se destruye la posibilidad de una democracia real.

Y está, también, de por medio, el problema de la libertad. Personalmente sostenemos que hay libertad real en la medida en que hay esperanza posible. No se trata, entonces, solamente que haya la posibilidad de trasladarse de un punto a otro, de escribir o expresar opiniones, etc. Todo ello no correspondería más que al viejo concepto liberal, dentro del cual se podía seguir afirmando que los pobres, aunque no tuvieran esperanzas, seguían siendo libres. Creemos que si algo tiene que aportar en este terreno el humanismo cristiano es precisamente la vinculación necesaria entre libertad y esperanza, entre presente humano e historia.

Sobre esta materia, pareciera que toda la lucha estuviese concentrada alrededor del concepto tradicional que, aunque sigue guardando su propia validez, resulta absolutamente insuficiente. En esta perspectiva creo que es interesante interrogar a la juventud, a esa misma a la cual los horizontes se le cierran; a los profesionales que parten de Chile porque también se les cierra el futuro en su propia patria y no por cobardía; a los matrimonios jóvenes, que experimentan una tremenda dificultad de comunicación por la hora en que vivimos; a los más pobres que, en la medida de su conciencia, advierten que la inflación, que a todos nos afecta, terminará por hacerles imposible la vida; a los que ya están sufriendo hambre real.

Creemos importante señalar que si las FF.AA. tomaran el poder, la D.C. dejaría de ser alternativa, al menos en términos inmediatos. Sin embargo, me parece igual-

mente verdadero afirmar que si se instaura la dictadura del proletariado la D.C. también desaparece como alternativa de poder y quizá, entonces, de manera más definitiva. Lo que vale preguntarse aquí es ¿qué importa más: la D.C. o Chile? Ahora bien, no puede olvidarse que la D.C. seguirá siendo alternativa en la medida que se juegue abiertamente por los verdaderos principios democráticos -aquellos que justificaron su nacimiento como grupo político- y no por una mera de mocracia procesal. Si ésta última se mantiene y es el "valor" que en definitiva impulsa el quehacer político, habremos caído en Chile en el juego del oportunismo y ya no podrán tener cabida los valores profundos que están en la raíz del humanismo cristiano.

Por otra parte, me parece suficientemente claro que no hay democracia posible sino sobre la base de ciertos valores fundamentales que son más o menos compartidos por la sociedad en su conjunto. Creo que cada día que pasa se reconoce menos esos valores y menos, también, se los comparte. Por esta misma razón, cada vez es menos posible el seguir soñando con la posibilidad de la mantención del régimen democrático en nuestro país. Pensamos que si la afirmación no resulta válida para el futuro inmediato, deberá serlo para el que está un poco más allá. ¿No es, acaso, fundamental que los grupos políticos democráticos adviertan el hecho y saquen las adecuadas consecuencias?

Conviene, también, hacer presente que las declaraciones orales y escritas importan cada vez menos a la opinión pública. Si todavía guardan algún valor éste se refiere sólo al grupo partidario que las sigue operando como confirmación de una actitud de incuestionable oposición. Lo que ahora se espera son hechos y no más palabras.

Y no es extraño que así suceda. Muchas declaraciones vienen, es cierto, a poner la verdad y el derecho en su lugar, pero éstas han sido ya violadas, y, con alguna frecuencia, el daño en las personas y sus bienes legítimos ya se han producido. Un caso típico de lo que afirmo fue el de Canal 6. Las declaraciones posteriores restituyeron y confirmaron el valor de la autonomía universitaria y el mismo imperio de la ley; sin embargo, los aparatos ya estaban destruidos. La sensación que existe es que la U.P. sigue invariablemente ganando terreno, mientras los sectores democráticos siguen actuando como si viviésemos en términos de normalidad.

Decíamos más arriba que nuestra sociedad


se encontraba enferma, gravemente enferma. Nadie pretendería tratar a un enfermo con los medios ordinarios, mucho menos si su mal fuera de índole psicológico. Ello significa que en el presente se hace necesario recurrir a medios extraordinarios que, aplicados con oportunidad, puedan salvar la vida del paciente hasta devolverle la salud perdida.

Por lo mismo, continuar con el juego político habitual, la discusión parlamentaria, las declaraciones, la negociación y el diálogo -todos ellos métodos propios de una situación de normalidad democrática- no sería sino seguir actuando como si nada grave estuviera sucediendo y seguir, además, indicando con los hechos que continuamos viviendo en un Estado democrático en que los valores básicos no han sido alcanzados.


A nuestro entender esto es lo que está sintiendo -sin poder quizá expresarlo- el chileno medio. No considerarlo sería, en primer término, un error doctrinal y, luego, un error político de incalculable consecuencias.

Sin otro particular y rogándole disculpe nuestra intromisión como también agradeciendo su atención a la presente, le saludamos con el mayor aprecio:

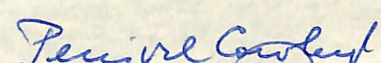
Por la Directiva del Frente Cristiano de la Reforma de la Universidad Católica de Chile:

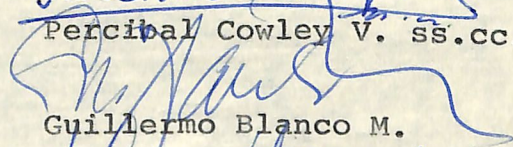

Nicolás Flaño


Carlos Figueroa S.

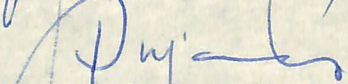

Mario Silva


Rafael Cana O.


Percival Cowley V. ss.cc.


Guillermo Blanco M.


Alvaro Covarrubias R.


Gabriel de Pujadas


Patricio Chellew.

P.S. Nos hemos permitido enviar copia de esta carta a Dn. Eduardo Frei M. a Dn. Benjamín Prado, a Dn. Rafael Moreno, a Dn. Bernardo Leighton y a Dn. Ricardo Hormazábal.